

Estudios Sociales
Año XXVI, Número 94
Octubre-Diciembre 1993

LOS IMPACTOS DE LOS DESALOJOS: La constitución o reconstitución de las identidades

Edmundo Morel**
Manuel Mejía***

1. A manera de introducción

Al caer el siglo nos ocupa el lugar del sufrimiento y la incertidumbre, predominando una cultura cuyo paso nos sumerge en la modernidad y procesos de modernización con resultados de deuda social muy elevada para los sectores populares.

* El presente trabajo constituye una parte de la investigación "Remodelación Urbana y Desalojos en la ciudad de Santo Domingo: 1986-1992", realizada con el auspicio de la Coalición Internacional para el Habitat (HIC) y el International Development Research Centre (IDRC) de Canadá. Se introducen algunas modificaciones para fines de comprensión de su contenido.

** Sociólogo. Secretario Ejecutivo de CIUDAD ALTERNATIVA. Profesor del Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

*** Sociólogo. Miembro del Centro Poveda. Profesor del Instituto Tecnológico de Santo Domingo.

La remodelación urbana y los desalojos llevados a cabo en el país como fundamento de la política del gobierno desde el año 1986, forman parte de los procesos de modernización con efectos tales que bien pueden ser catalogados de patología social. Son procesos desestructuradores de la vida social en los componentes duros de vida (economía garantizadora de la reproducción biológica) y los componentes de identidad cultural.

En sólo seis años (86-92), alrededor de 30,000 familias han experimentado procesos de erradicación en el marco de la remodelación urbana llevada a cabo por el Estado en la ciudad de Santo Domingo. La mayor parte de estos núcleos poblacionales, pertenecientes a sectores populares y marginales de la población urbana, han sido desplazados desde asentamientos ubicados en el centro de la ciudad hacia terrenos de su periferia.

Entre otras implicaciones de estos procesos, hay que señalar que se ha excluido un tratamiento de los efectos sociales y económicos del desplazamiento, limitándose, en el mejor de los casos, al aspecto vivienda y algunos elementos de infraestructura física. Asimismo, en ninguno de los proyectos realizados ha sido evaluado el costo social de la intervención.

Las situaciones satisfactorias existentes en el asentamiento original -como son las redes de protección y solidaridad familiar, vecinal y social (Pelli, 1984), la cercanía o autoprovisión de servicios, las oportunidades de ocupación e ingresos, los mecanismos de sobrevivencia, los vínculos de identidad y pertenencia a un determinado espacio y a una determinada comunidad humana que permiten la construcción de las identidades a través de la posibilidad de reconocerse en una historia y una memoria (Morel y Villamán, 1990)- son sustituidos, en la generalidad de los casos, por situaciones insatisfactorias en la nueva radicación.

En el presente trabajo, se intenta analizar -a partir del estudio de los casos de Guachupita, Sabana Perdida y Maquiteria- en qué medida la identidad de los pobladores ha sido interferida por los procesos de desalojos, y cuál es el potencial de poder que ésta da

a los pobladores desde la perspectiva de la participación democrática.

La identidad la entendemos como lo propio de cada sector o persona y con lo que éstos se reconocen. Ella no puede darse sino en proceso y de manera compleja. Para algunos autores sería la autoafirmación comunitaria e individual que se insinúa a partir de diversas experiencias cognoscitivas.

Esta identidad nos hace ver desde la cotidianidad que no existe de manera homogénea; más bien ella se nos presenta difusa, y nos presenta, por consiguiente, olas de encanto y desencanto ante el desalojo en función de factores que pueden converger concomitantemente, entre ellos los históricos y culturales, lo que hace su proceso de constitución muy complejo.

2. Una aproximación al concepto de identidad

El concepto de identidad lo entendemos en un tramado cultural en que los seres humanos simbolizan y utilizan su espacio y su tiempo (Cartier, 1993); es decir, en un campo de relaciones sociales en las que intervienen de manera articulada diversos agentes de intervención: económicos, políticos-jurídicos, sico-antropológicos, ideológicos, ecológicos, etc.

El concepto de identidad tiene dificultades -como todo concepto- de interpretación y formulación. La razón es simple: hay diferentes modos de articulación de los agentes de intervención, que darán lugar a identidades diferentes; y porque, además, hay maneras distintas de representar dichas identidades, lo que dificulta la elaboración de un concepto lo más consensuado posible. Sabemos además, que ninguna identidad es abstracta. Parte de hechos muy concretos, correspondientes a situaciones muy específicas de relación social. Dada esta realidad, haremos énfasis en un tipo de identidad propia a la cultura de sobrevivencia, es decir, propia a un sistema global de vida que se estructura y origina en la lucha por la sobrevivencia (Cordero, 1991).

Nos parece una aproximación pertinente al concepto de identidad la que ofrece Santuk (1992) al decir que cada grupo social o pueblo tiene "su sagrado". un conjunto de valores que de manera procesual, mediante socialización, los hacen parte de su ser. Lo sagrado, en el sentido que no pueden ser tocados los sujetos sin ser éstos afectados sensiblemente. Sólo mediante este sagrado o identidad, los seres humanos se van reconociendo y trascendiendo a sí mismos.

El concepto de identidad hace referencia a lo individual y a lo colectivo. Nuestro énfasis, en este caso, se sitúa en lo último. Nos referimos, en ese sentido, a un sentimiento de unión y de apoyo que se crea en los sujetos de un mismo grupo, que se ven a sí mismos como iguales en algún aspecto (CEIDEL, 1992). Diríase que sin ese sentimiento de unión y de mirada de sí mismos de los sujetos, resulta poco probable la noción de grupo social y de nación. En primer lugar, porque los sujetos se afirman a la luz de vivencias sociales concretas, en las que se crea el sentido de pertenencia; segundo, porque en la medida que los grupos se ven a sí mismos, se constituye la idea del "pueblo" en términos de contraste o de diferencias con otros, creando la imagen de lo nacional.

Este último aspecto llevaría a Zaglul (1992) a decir que la identidad dice lo que somos en cuanto imágenes que tenemos de nosotros mismos y en relación a la imagen de los otros.

La identidad posee un carácter histórico y diverso. Cartier (1993) sostiene que cada grupo va conformando mediante sus facultades de visión y percepción su propia sensibilidad frente al espacio y al tiempo y, por tanto, una identidad diferente frente a los demás. Se trata de un proceso de construcción y de cambios en que los sujetos van incorporando una simbología que da a los grupos poder de acción y protección; simbologías desplegadas en prácticas generadoras de bienes y servicios, normativas reguladoras de acciones, conocimientos apoyados en la memoria histórica, la afectiva cargada de emociones y sentimientos, e intenciones que impulsan la acción (Llovera, 1979).

Algunos elementos claves que pudieran ser considerados en el abordaje de las identidades, son los siguientes: Las formas tradicionales de participación comunitaria para el logro de sus propósitos, tomando en cuenta el sentir y el pensar de los sujetos; la expresión o comunicación común de los grupos; la forma en que los sujetos organizan sus entornos físicos o espacios de vida; la planeación de los sujetos organizados de la sociedad civil; las múltiples actividades laborales para la reproducción biológica y social; la conciencia de los derechos alternativos populares sobre la propiedad y la acción de ordenamiento local; los modos de constituir los espacios de ocio; las redes de ayuda mutua, asociada a la seguridad social (en este caso, como parte de la cultura de sobrevivencia).

Todo proceso de remodelación urbana pierde sentido y se constituye violento cuando los pobladores son enajenados o excluidos de su propia realidad y cuando se le organiza el espacio ajeno al sentir que históricamente les da unidad y garantía de vida.

En el presente trabajo, concentraremos nuestra atención en los aspectos de la pobreza, la solidaridad familiar y vecinal, el trabajo y el fenómeno de la religiosidad.

3. Identidad y pobreza de los desalojados

Entre los rasgos afines de los pobladores desalojados, se destaca la capacidad de reconocer su condición social, relacionada ésta a factores de orden político y ético-personal.

Los desalojados se reconocen pobres y socialmente excluidos. Esta condición la atribuyen, básicamente, a causas de orden político. La vida, en ese sentido ocurre en medio del sufrimiento y la desilusión, características propias a las mayorías empobrecidas dentro de las coordenadas de nuestro tiempo (Lugo, 1991).

De esta forma, se vive el sufrimiento como vejámen, indiferencia o desprecio. Como pobres, sienten vivir relaciones de desigualdad social, orientadas a borrar aspectos constitutivos de su identidad. Por ejemplo, ven negado el derecho a la comunicación

para expresar la voluntad en cuanto a los tipos de viviendas y las formas de alojamiento. La vida es sentida así como tragedia, y el poder político como fuerza, actuando sobre ellos con presión, al margen de su condición de sujetos y prescindiendo del espacio consensual, necesario cuando de proyectos humanos se habla.

La conciencia de su condición social de pobladores se apoya en una memoria que sitúa acciones del poder político como referentes históricos causales del estado de pobreza en que viven. Esas acciones atañen a la dictadura de Trujillo (1930-1961) y a la política gubernamental del momento presente.

Al efecto, muchos desalojados son migrantes, oriundos de la zona rural del país. Ellos vivieron el drama social de ser despojados de sus tierras por familiares y allegados de Trujillo, práctica ésta de acumulación originaria, iniciada por el Estado en el año 1920 y acentuada a partir de la década del 30 (Báez, 1978; Cassá, 1985).

El efecto de estos despojos más el proceso de industrialización agrícola fue la generación del régimen de distribución de tierra, -el minifundio y el latifundio- quedando miles de familias reproduciéndose mediante la pequeña finca o en condición de jornaleros, combinando, muchas veces, el estado de pequeños productores agrícolas con el de trabajadores jornaleros y de semiproletarios (Lozano, 1978).

Esos despojos generaron pobreza al campesinado dominicano constituyéndose en factores de expulsión de pobladores de la zona rural a la zona urbana.

Los pobladores también sienten que las políticas gubernamentales, sobre todo las referidas a la remodelación urbana, son factores causantes de pobreza: la irracionalidad de prioridades expresadas en obras de poco interés social, la destrucción de medioambientes construídos por los pobladores y su exclusión de los nuevos ambientes construídos, el desplazamiento de familias de territorios y de las viviendas que habían sido asignadas por el Estado por efecto de desalojos anteriores, el desplazamiento del poblador

a zonas periféricas que le dificultan incorporarse a fuentes de trabajo.

Otra razón sustentada por los desalojados como factor causal del estado de pobreza se enmarca en el plano ético familiar. Desgarramientos de núcleos familiares y prácticas matrimoniales poligámicas, han afectado algunas de estas familias, obligando a sus miembros a vivir en condiciones de pobreza.

Esta razón no sólo expone un problema causal de pobreza, sino el gran sentido de la necesidad de una paternidad responsable, que en los pobladores constituye uno de los valores más profundos de su identidad.

4. Solidaridad en los pobladores

1) Solidaridad familiar

La cooperación, gestos y acciones de participación común entre los pobladores desalojados constituyen indicadores de gran solidaridad en sus estilos de vida. A través del tiempo se ha producido en ellos, un conjunto de esfuerzos humanos concurrentes en un bien común, repercutiendo en sus vidas de manera particular. Las dos formas más recurrentes de solidaridad son la familiar y la vecinal. Resultado de esa solidaridad se da la solidaridad barrial.

La memoria histórica de esta población se caracteriza por recordar diversos actos y momentos de vida en que han primado las relaciones interpersonales entre familiares y vecinos como ejes de articulación orientados a la sobrevivencia. Entraña esta solidaridad familiar y vecinal modos de vida de sociedades pequeñas en espacios rurales y urbanos donde se afirma la identidad a través de estrechos vínculos entre parientes, compartiendo servicios de ayuda mutua. A partir del análisis de las historias de vida, podemos descubrir el origen predominantemente campesino de las familias desalojadas, lo que condiciona, en gran medida, la importancia en ellos de la ayuda mutua como valor de socialización.

Observamos la presencia de esos valores, aunque con variaciones en el espacio urbano. La ayuda mutua como expresión es constante. Esta propensión hacia la solidaridad y apoyo mutuo no puede verse desligada de la situación de clase de estos pobladores. Los recursos de apoyo y las relaciones contraídas responden a una situación de pobreza. En la constitución de esta solidaridad juega un papel importante el rol de género de la mujer. Ella ha sido la primera actora en denunciar en muchos casos la violación de derechos humanos respecto a la vivienda, y ha organizado también la resistencia. Además la mujer juega un papel importante en los procesos migratorios en cadena de familiares que se van ubicando en las zonas barriales alrededor de madres migrantes.

Hay casos de solidaridad propios a tradiciones y costumbres, como la adopción del hijo (a) primogénito, que por pacto verbal entre padres y abuelos asumen derechos de tutoría sobre él; la solidaridad de protección de hijos de hermanos (as) emigrantes al exterior; la solidaridad de protección y cuidado de la vejez en que los hijos llevan al padre o a la madre a vivir a su casa para acompañarles durante todo el resto de vida; o cuando los hijos se trasladan a la casa de los padres para permanecer allí en su cuidado.

Varios casos ilustran la manera en que los desalojos afectaron la **identidad** familiar. Todos están enmarcados en la categoría de solidaridad de sobrevivencia. Veamos:

1. *Por domicilios compartidos.* Se trata de hermanos casados que han dividido la casa por habitaciones. A la hora de ser desalojados el Estado sólo reconoce el derecho de recibir dinero o la vivienda a una sola cabeza de hogar.

2. *Por repartición de viviendas.* Este caso obedece a parejas divorciadas que han dividido sus bienes entre los que está la casa que por alguna razón, quedó a nombre de uno de los miembros de la pareja, que no es propietario real ni quien vive en la casa. Al momento del desalojo, el Estado no reconoce derecho alguno al que la vive si no tiene el título.

3. *Los allegados temporeros.* Son personas que de manera temporal, han sido alojados en casa de un familiar, hasta tanto puedan constituir su domicilio propio. En este caso, pueden ser solteros o casados. Al igual que en los demás casos, cuando se produce el desalojo quedan sin derecho a dinero o vivienda.

4. *Finalmente están los grupos de familias por cercanía local.* Estas familias vivían en el mismo lugar o cerca del lugar de residencia. Su relación es muy estrecha y se prestaban ayuda económica o de otra especie, como cuidado del hogar, atención a un miembro del hogar, etc. Estas personas forman el grupo más afectado por la ubicación que se ha hecho de ellos en lugares muy distanciados. En este grupo están las familias que tienen o tenían ancianos y personas inválidas a quienes la construcción vertical de la vivienda le obstruye el cuidado y protección y es una de las situaciones más lamentadas por los desalojados.

2) El vecindario. Solidaridad vecinal

La unidad vecinal es uno de los grandes valores que caracterizan la identidad de los pobladores en estudio. Se trata de un fenómeno muy generalizado a nivel de zona rural y en las barriadas de las zonas urbanas del país (García y Mejía, 1987).

El valor de la unidad vecinal, al igual que la unidad familiar, se convierten, muchas veces, en estrategias de sobrevivencia, por lo que la alteración de los entornos físicos-sociales gravita significativamente en los estilos de vida.

En realidad, la sensibilidad solidaria entre vecinos permanece como práctica de vida socializada en varios aspectos. Por ejemplo:

a) Sirve para adaptar los emigrantes al espacio urbano. La acogida a un familiar que llega, le sirve de puerta de entrada al dominio y convivencia en las nuevas dimensiones espacial y social en que ha de insertarse.

b) Se ha desarrollado conciencia de intragrupo basada en costumbres. Por ejemplo, se celebran fiestas en el domicilio de un

vecino, se prestan socorro en caso de enfermedades, se comparten momentos de ocio, se valora el descanso familiar y los estados de salud.

c) Las demandas sociales de las barriadas en ocasiones han dependido del grado de interacción entre los vecinos. La razón es sencilla: la unidad vivida a través de intercambios de bienes y servicios, la participación en ritos religiosos comunes, el compartir el espacio lúdico o satisfacer otras necesidades en común, generan actitudes de confianza y sensibilidad colectivas. Por eso, la reestructuración física del barrio afecta los niveles de integración y las formas físicas organizativas.

El modo en que las familias afectadas por los desalojos han estructurado la vida vecinal, nos hace pensar que forman grupos de carácter primario, aunque no en su forma pura. La introducción de elementos culturales extraños a la cultura de vecindad en las nuevas estructuras de alojamientos ha llevado a los pobladores a desarrollar actitudes de grupo cerradas, por cuanto esos elementos dificultan la continuidad de las viejas relaciones de vida comunitaria.

Este es un fenómeno de actitudes encontradas entre la indiferencia que produce el crecimiento urbano y la cultura de la sobrevivencia solidaria de grupos de bastante tiempo de interacción.

Ahora bien, no siempre las actitudes son cerradas a los nuevos vecinos. Hay posturas de apertura, y en función de eso, podríamos clasificarlas de la manera siguiente: 1) Una actitud cerrada a los antiguos vecinos no reubicados y de apertura a los nuevos vecinos. 2) Una actitud cerrada a los nuevos vecinos en función de control de territorio y por ideología política. 3) Una actitud cerrada a los nuevos vecinos en función de prácticas culturales.

El primer caso constituye un signo de desgarramiento o redefinición de identidad en el que el entorno físico y natural parece influir en la conducta de los desalojados. El fenómeno se registra con los pobladores reubicados en el sector "Los Coquitos" de Los Mameyes y erradicados del barrio Maquiteria ubicado a muy corta distancia. Al iniciar los desalojos, estos pobladores mantuvieron una

actitud solidaria de lucha sin establecer diferencias en función de condición social. Con la reubicación, el grupo piensa que ha alcanzado una posición social diferente y concibe el nuevo espacio como factor de movilidad ascendente, no sólo desde una perspectiva económica sino también cultural.

Este supuesto cambio les ha llevado a plantear un estilo de vida diferente, con nuevas relaciones sociales y una nueva ética. Los antiguos pobladores del barrio, no ubicados en nuevos apartamentos, son estigmatizados, resultando los indeseables. El nuevo estilo abarcaría al lenguaje, el tipo de organización, convivencia lúdica, etc. Tal parece que sienten vivir otra vida: *"Allá vivía la gente sin costumbre. Ahora no. Aquí cambia todo"; "el vivir aquí es otro vivir. Hasta el color de los hijos ha cambiado aquí"*.

Sin embargo, estos pobladores defienden el derecho de sus antiguos vecinos a ocupar apartamentos, aunque no en la misma calidad al que ocupan, y sienten que se les haya maltratado y cerrado algunas vías de circulación.

Este grupo vive el encanto del desalojo. Al preguntársele con qué comparaban el desalojo en su etapa inicial y en la final, respondieron en relación a la etapa inicial con expresiones que podemos caracterizarlas como etapa de dolor; así decían, por ejemplo, *"la comparamos con una enfermedad"*. En relación a la etapa final, sus expresiones demuestran un estado de placer. Por ejemplo, *"la comparamos con la alegría de graduarse al final de la carrera"*.

Este cambio no implica en el grupo ruptura con la cultura de solidaridad vecinal, pues la vida aunque se particulariza más, no se individualiza. A medida que el tiempo avanza, la población se ve obligada a interactuar de otra manera, en forma creativa, por bloques multifamiliares, impedido el encuentro cara a cara que cotidianamente le facilitaba la vivienda horizontal de un nivel y que es uno de los criterios para definir el concepto de vecindario a nivel de barrio en el país.

Sin embargo, la particularización de las relaciones dificulta el sentido de barrio. Y al efecto, el género de lucha reivindicativa no

se integra ahora al sector como globalidad social, sino por bloque. Pero al fin y al cabo, lo que esto viene a significar es una estrategia diferente de gestión barrial, en la que prima la solidaridad, acorde con necesidades comunes muchas veces dadas por la estructura física domiciliar o por el propio medio ambiente. Las nuevas acciones solidarias por edificio, implican, en ocasiones demandas de los pobladores a la gestión municipal y del gobierno central.

Estas demandas carecen de base orgánica, ideológica, política. Generalmente prima la espontaneidad, aunque no deja de tener importancia la organización religiosa y sus valores. La integración solidaria obedece a un marcado interés por conquistas muy localistas, frente a necesidades surgidas en el proceso mismo de reubicación local, asumiendo la lucha con carácter espontáneo, sobre la base de la experiencia ganada en el antiguo Comité Parroquial, que anteriormente funcionó para defender derechos de vivienda. El alcance de esta lucha no se puede precisar aún. No obstante, un elemento nuevo aparece en ella: la revalorización por los grupos del espacio físico y territorial, y el valor de la integración vecinal.

En ese sentido el grupo ha seguido la trayectoria siguiente: muchos se inician en la lucha por la vivienda, sin ninguna experiencia de organización, articulándose luego en comités parroquiales o comités de lucha barrial, y terminan en núcleos organizativos barriales surgidos a propósito de los desalojos. En estos núcleos se mantienen programas de acciones por revalorizar el territorio y la vivienda.

Por otro lado, los pobladores de Guachupita forman el grupo cerrado a los nuevos pobladores provenientes de otra zona. Esta posición se enmarca en el sentido del deber para con los desalojados sacados del barrio, sobre todo con los inquilinos, y que no volvieron a ser reubicados en el entorno transformado. Para los guachupiteros, dejar fuera del barrio a sus antiguos vecinos representó una pérdida significativa de poder, pues cada uno de ellos estaba ligado al sector con sentido de pertenencia territorial. En la memoria histórica del barrio se registra la lucha permanente por configurar el entorno ajeno al ordenamiento territorial del Estado.

Apenas dos calles había construido el Estado. Las viviendas, la Escuela, la Iglesia, los locales para clubes, el dispensario médico, eran de las tantas obras de la gestión independiente de estos pobladores. De esta forma, el entorno ya era considerado patrimonio local de sus habitantes. Esto significa que la identificación con el espacio territorial depende mucho de la historia de la autogestión de los pobladores.

La llegada de los nuevos pobladores al lugar sería entendida como injusticia y usurpación del derecho de ese patrimonio. Razones de índole cultural condicionan este carácter cerrado. Los guachupiteros perciben que los nuevos pobladores se consideran socialmente diferentes en la medida que ofrecen resistencia afectiva hacia los viejos pobladores con gestos y acciones, a veces de carácter racista: *"Ellos, se creen muy nariz parada. Aquí no había carro. Ahora ellos tienen su carro y quieren llevarse a uno"; "Ellos no les gusta ligarse con uno porque uno es prieto (negro). A cada rato tu los oyes decir 'esos prietos'"*.

La actitud extraña les hace revivir el sufrimiento de sentirse rechazados por personas externas al barrio. El proceso de asentamiento poblacional de allí se había dado con emigrantes de diferentes zonas del país. También había sido un lugar seleccionado por la dictadura del gobierno de Trujillo para llevar reos y asesinarlos. La topografía del suelo permitía además que a muchos perseguidos políticos le sirviera de lugar de protección, sobre todo en el período de gobierno de 1966 a 1978: los traspatios y callejones serían recursos de defensa importantes para estos perseguidos.

Parecería entonces que los conflictos generados allí fueron las bases para la estigmatización. Corresponde a la policía la mayor responsabilidad en ello, según los pobladores. Pero hay una razón eminentemente política para reaccionar frente a los nuevos pobladores, ya que el clientelismo político-partidario favoreció y construyó las mejores edificaciones para militantes del partido en el poder, en medio de un sector que históricamente ha sido adverso a ese partido.

Bajo cualquiera de las razones esgrimidas se trata de un problema de desarticulación de redes de ayuda mutua y pérdida de control social y territorial, al igual que enfrentando problemas de inseguridad de vida frente a pobladores extraños quienes no garantizan la continuidad de mecanismos de sobrevivencia compartidos con los viejos pobladores.

En el mismo orden de ideas, con la llegada de nuevos pobladores se produce un fenómeno que no sólo desarticula las redes sociales sino que introduce valores nuevos contra la salud mental de la población: delincuencia social vía el auge de la drogadicción. La lucha de los pobladores ahora es evitar la presencia de narcotraficantes vinculados con los nuevos pobladores. De nuevo se presenta una lucha por asegurar un espacio de vida a los pobladores contra procesos de modernización del espacio en que entra el capital exótico (narcodroga).

En la memoria de estos pobladores es evidente también la lucha solidaria por derechos de protección a la vejez y a los inválidos, frente a la construcción de viviendas con estructuras por niveles. Estamos ante una población que expresa la ola del desencanto al vivir la angustia de romper la cultura del encuentro y de servicio entre los miembros del barrio, mediante el apartamento en altura; y además por el alto costo social que implican nuevas prácticas de vida como es la venta y consumo de droga por alguno de los nuevos moradores y porque el barrio se torna espacio de mercancía al capital exótico.

La unidad del barrio en torno a derechos de vida, se ve amenazada a sufrir cambios. Pero no siempre el desalojo hace variar radicalmente las expresiones culturales de este medio social, permaneciendo así muchos de los rasgos o características del estilo de vida anterior de los pobladores. Por ejemplo, las casas mantienen sus puertas abiertas durante el día, a diferencia de los pobladores de "Los Coquitos", Los Mameyes, quienes mantienen sus puertas cerradas. Asimismo, las calles siguen valorándose como lugar de encuentro. Ahora bien el cambio de entorno, a pesar de no producir cambios totales, como hemos dicho, produce cambios

LOS IMPACTOS DE LOS DESALOJOS

en la forma de ir percibiendo la vida. Es así como la condición social comienza a valorarse distinta. Para unos, al valorar la vivienda, bajaron de status; es decir, hubo movilidad social descendente. Pero para la mayor parte de esta población el valor social del territorio ha aumentado, y la vivienda ha mejorado, aunque se recusa la condición social del trabajo en que se les ha sumergido y las prácticas de violencia que acompañan los desalojos.

Estos cambios en el estilo de vida, harán variar las formas de comunicación y de organización. Aquí en este barrio al igual que en el otro barrio abordado, se interactúa por bloque. No obstante, la interacción es más extensa y sigue teniendo el referente de globalidad territorial; pero ve perder la posibilidad de intercambio de bienes y servicios entre vecinos por efecto de la reubicación y traslado de pobladores y, con ellos, los espacios de sobrevivencia.

Las incertidumbres y desgarramientos sociales al efecto del desalojo y reubicación, no han podido, en este caso, interferir la organización barrial. Es más, el proceso ha dado lugar a consolidar la organización. La barriada está nucleada por zonas, con dos subcomités, uno de cuadra y otro barrial. Cada subcomité de cuadra tiene su directiva y sus delegados. El germen más esperanzador de un movimiento territorial en realidad está aquí, no sólo por el nivel orgánico de la participación reivindicativa barrial, sino por la unidad y concepción más amplia del sentido del colectivo barrial.

El tercer grupo cerrado a los nuevos pobladores es el de Sabana Perdida. La razón de esta actitud es de choque de valores y normas de vida: algunos de los nuevos pobladores han llevado allí la cultura del ruido, del consumo de alcohol, el juego de azar y el consumo de drogas.

Difícil le resulta a estos pobladores adecuarse al nuevo medio ambiente. Ellos ocupaban un territorio de penumbra entre lo rural y lo urbano, donde el silencio y la vecindad eran dos valores de sobrevivencia. La ayuda mutua, la cooperación, el compadrazgo, etc. atañen a los valores de lo que era su vida cotidiana. Pero el

grupo siente menos el desgarramiento familiar y de vecindad que el grupo de Guachupita, ya que ocupan viviendas de un nivel y lograron ser trasladados, prácticamente todos, al mismo lugar, preservando cierto grado de cercanía entre sí al ser reubicados, aunque se sufre perder la comunicación con pobladores de barrios cercanos a donde antes vivían.

Será más bien el valor del espacio territorial y la vivienda con rasgos de espacio rural, uno de los valores más afectados. Siente esta población perder el territorio domiciliario que le servía como medio de sobrevivencia: *siembra de árboles frutales, crianza de aves, etc.* Y además, perder la vivienda de amplio espacio, adecuada al número de miembros por familia (6 promedio por unidad familiar). Se recuerda como se ha perdido, por ejemplo, la ventilación en la vivienda y el espacio para la vida de ocio.

Tres aspectos son relevantes en la identidad de estos pobladores: 1) Una alta conciencia sobre el valor social del territorio urbano. 2) La unidad organizativa entre los miembros del antiguo barrio. 3) El rol protagónico de las mujeres en la lucha contra los desalojos.

Al igual que los desalojados y ubicados en el sector Los Coquitos de Los Mameyes, estos pobladores han emprendido la lucha frente al gobierno central y el municipal por revalorar socialmente el territorio. De las características principales de esta lucha, destacan la demanda de dotación de servicios, creación de espacios lúdicos y construcción de espacios para recrear valores de trascendencia.

Con el desalojo de esta población la situación de penumbra fue poco a poco perdiendo fuerza en la visión de los pobladores y sus prácticas de vida. En la medida del desalojo y la reorganización del territorio, la población fue demandando mayores servicios propios al medio urbano como por ejemplo, *asfalto de calles, construcción de hospitales públicos, recogida de basura, etc.* Pero tal vez lo más significativo fue el cambio en lo organizativo. El desalojo llevó a formar varias juntas de vecinos, de las cuales algunas de ellas

buscaban reconocimiento del poder local o municipal. Estas Juntas mantendrían estrechos vínculos con la Comunidad Eclesial de Base y con la Parroquia Nuestra Señora de América Latina con las cuales garantizarían mayor poder de conquista social.

En esta lucha la posición de género será muy significativa. El papel de la mujer ha sido relevante. La mujer ha encabezado las luchas reivindicativas de vivienda y servicios territoriales durante y después del desalojo. Lo mismo ocurrió en el sector Los Coquitos de Los Mameyes. La condición de trabajadora domiciliar tuvo que ver con su intervención, ya que tenían que enfrentar las situaciones de violencia allí creadas cuando de manera inesperada llegaban a desalojar, y ante la ausencia de los maridos, generalmente ocupados en otros tipos de trabajos.

Los aspectos abordados aquí tienen resultados distintos de identidad política, comparados con los resultados que aparentemente arrojan los desalojos en Guachupita y en Los Coquitos de Los Mameyes. Aquí se vive el encanto y el desencanto sobre aspectos muy específicos del nuevo entorno local. El encanto está en el concepto de "urbanización" incorporado en los pobladores. Pocos hablan del barrio. Eso hace pensar a muchos que ascendieron socialmente. Otros consideran que la situación continúa igual, y finalmente, los menos creen que ha habido movilidad social descendente.

Estas posiciones van unidas a preferencias políticas. El gobierno y el Presidente en específico salen legitimados en las obras, independientemente de la crítica a los métodos de los desalojos aplicados por los funcionarios públicos. Ante la pregunta de control *"creen que el Presidente de la República después de los desalojos podría ser favorecido en las elecciones venideras?"* para ver si los desalojos afectaban la identidad política, la respuesta favorecía al mandatario, con menor proporción que en el sector "Los Coquitos", y contrario a Guachupita, en que los desalojos acentúan la oposición al mandatario.

Nuestra hipótesis interpretativa es que los pobladores varían muy poco su posición política y que los niveles de lucha separan el problema local de lo nacional debido, sobre todo, a la falta de un trabajo de organizaciones sociales y políticas orientadas a establecer el vínculo del trabajo educativo político entre lo macro y lo micro.

5. Identidad y Trabajo

En términos generales, los desalojados conforman una población de trabajadores cuya identidad laboral es el trabajo informal.

Pequeños comerciantes, asalariados, vendedores ambulantes, trabajadores a domicilio (lavado y planchado) alquilados, trabajadores semiasalariados, etc., constituyen la población de trabajadores informales.

El nombre genérico que asumen los desalojados es de trabajadores independientes, o por cuenta propia y muchas veces el de "chiripero" (multiplicidad de actividades). El concepto de trabajador independiente se sustenta en oposición al trabajador formal, cuyo único trabajo es el de asalariado, sirviéndole de referente para su identificación.

Razones históricas y estructurales habían influido para esta identidad. Un recuento de la historia laboral de los desalojados nos hace ver que, en cierto modo, el trabajo informal ha constituido la cultura laboral de la población, influyendo sustancialmente en su psicología. Parte de los desalojados se iniciaron como trabajadores infantiles en el medio rural o en el medio urbano, manteniendo una línea continua de acción durante el trayecto de su vida en esta tipología laboral.

Esta demarcación laboral lleva de base una actitud hacia el trabajo. Ser trabajador del sector público o el privado significa para los pobladores someterse a niveles de vida muy por debajo al que tienen como trabajadores informales, sobre todo aquellos que no tienen que combinar el trabajo informal con el formal. La actitud de identificación con la actividad independiente podría estar

relacionada con la posibilidad de alcanzar mejores ingresos que como trabajador formal, y la conciencia de los trabajadores de que la cualificación de ellos como mano de obra le imposibilitaría incorporarse al mercado formal del trabajo.

Pero las razones del fenómeno de la informalidad que lleva a esa actitud son diversas. Una aduce a la baja cualificación del trabajador, el mercado limitado del empleo, y la posibilidad de expansión del capital mediante la producción a pequeña escala o utilizando a nivel de circulación la fuerza de trabajo independiente (Mejía y García, 1987). La tesis más sustentada para explicar la modalidad es aquella que la sitúa en la baja oferta de empleo del sector productivo.

Otros sin embargo, sin negar esta explicación, ven campos abiertos al sector informal en el marco de ausencia de institucionalidad del Estado dominicano. En todo caso, la identidad del "nosotros" con el trabajo informal, tiene elementos estructurales de base y en menor medida, razones de indole personal.

Ahora bien, ¿cómo influyen los desalojos en esta identidad? Tres factores parecen repercutir directamente:

1) La periferización: Este factor influye más en los pobladores de Guachupita, reubicados en otros lugares. Ellos quedaron residiendo en terrenos cenagosos (como los de Guaricano), muy distantes de la ciudad estrictamente comercial. El gobierno aquí obvió la importancia de las calles en el trabajo informal, como circuitos de circulación de la gente consumidora directa de la mercancía del vendedor ambulante. Y no se trata de cualquier calle, sino las pobladas por grandes contingentes humanos. Para esta población, el trabajo de vendedor ambulante es vital, lo mismo que el motoconcho. Colocarlos en otros espacios despoblados o formando parte de una población de muy bajos recursos, significó someterlos a condición de mayor pobreza.

2) La construcción multifamiliar de manera vertical. Este factor repercute en Los "Coquitos" como en Guachupita. La construcción vertical múltiple hizo desaparecer la estructura que

soportaba el pequeño comercio fijo y al vendedor ambulante: La casa de un nivel. Esta servía para centros comerciales, tales como: Colmado, salón de belleza, peluquerías, carnicería, etc; servía además para guardar medios de trabajo como la bicicleta, el triciclo o el motor; todos ellos verdaderos medios de sobrevivencia. Los procesos que se generan en el ámbito de la verticalidad de un edificio de apartamentos -máximo cuando éstos se sitúan en condiciones de "neohacinamiento"- no son los mismos que propician la horizontalidad y los encuentros cercanos del espacio barrial. Ahora pocos tienen la oportunidad de vivir en el primer nivel, debiendo pasar a otro lugar para conservar sus medios de vida.

3) **La distribución de los antiguos vecinos en cuadras, calles y manzanas en un ordenamiento diferente** a como estaban ubicados anteriormente. Este factor afectó a todos los desalojados. Con ello el trabajador que vivía por ejemplo de la venta de telares y podía "fiar" las mercancías, ha perdido a ese vecino de confianza. Lo mismo ocurría a los que vivían del "san" y de "préstamos" a crédito. El factor influyó más en el sector de Sabana Perdida. El desplazamiento de las facilidades enumeradas por efecto del desalojo, tiene el agravante de no existir un recurso sustitutivo que asegure el trabajo a la población. Por eso, uno de los elementos que más han influido para mantener la ola de desencanto en la población respecto al desalojo ha sido, precisamente el hecho de que el Estado no asumió un compromiso social de seguridad laboral al momento de construir entornos físicos y al hacer asentamientos poblacionales. En ese sentido, el Estado hizo bajar el nivel de vida a la mayor parte de los desalojados.

6. La religiosidad, identidad y desalojo

En la socialización de los desalojados ha estado primando la religiosidad, de procedencia africana y judeo-cristiana: fiestas a santos, velaciones, bailes de palos compartido con la celebración de fiestas a alguna divinidad, misa, bautizos, etc..

La religiosidad ha conformado un conjunto de normas, ritos, actitudes, deberes y expectativas de vida que han venido a incidir

en los procesos de desalojo. Porque se trata de un proceso de inculturación en que la vida social, en sus múltiples necesidades, ha estado ligada a esta religiosidad. Unión matrimonial, instituciones de ayuda mutua, asociaciones vecinales, comités de lucha popular, no son ajenos a ello. De esta religiosidad, o influenciada por ella, surgen las primeras experiencias organizativas de los pobladores: las cofradías. Hemos descubierto que en el transcurso de los desalojos, la coordinación, conducción y movilización estuvo a la cabeza siempre de personas de confesión religiosa y que en la medida que las personas han estado comprometidas con una institución religiosa, mayor ha sido su compromiso en la lucha por los desalojos.

Pensando el efecto de la religiosidad en los desalojos, ritos, cantos y música sirvieron de símbolos unificados a la población en acciones de protestas. En Guachupita y en Sabana Perdida esto fue más frecuente que en Maquiteria. Otras veces, el repicar de una campana era el medio de información para anunciar el peligro de desalojo o para convocar a la población a alguna reunión orientada a planificar acciones de lucha. Este efecto fue mayor cuando las prácticas de defensa de derechos barriales se concentraron, en torno a la comunidad cristiana, presidida por sacerdotes católicos. Desde ese momento, se crearon estructuras organizativas, sobre la base de programas de lucha por los derechos de integridad física, vivienda, compensación económica, preservación del territorio, etc. Las celebraciones de misas, vigiliat, "horas santas", procesiones, vía crucis, etc., se constituyeron en medios educativos y de concientización, sobre todo lo que implicaban los desalojos, y sobre cómo ir generando estrategias de lucha para defender la vivienda y el territorio.

Ello condujo a los grupos organizados en comunidades cristianas, encabezadas por los sacerdotes, a constituirse en interlocutores del poder estatal y en fuerzas de negociación. Además, generó un liderazgo popular nuevo, de naturaleza local, ajeno a instituciones partidarias. La perspectiva de este diálogo ha dependido de la naturaleza del trabajo pedagógico que en las

comunidades cristianas se venía haciendo y del tiempo de trabajo organizativo. Ejemplifiquemos: El liderazgo del sector Los Coquitos recae sobre una dirigente que sentía preocupación por los desalojados, pero que consideraba la política gubernamental ajena a los desalojos; para ella "el Presidente está en un plan social por ayudar a los pobres y es ajeno a lo que hacen los funcionarios del Estado y los ingenieros". Para ella la lucha llevada hasta ese momento no podía tocar lo político. Se trata de una dirigente de conciencia ingenua, ligada al trabajo de comunidad eclesial de base donde lo religioso se ha relacionado con lo social a espaldas de una reflexión política.

En lo que respecta al caso de Guachupita, destacamos que en este sector habrá diferencias sustantivas admitiendo, que ellas se deben al trabajo educativo-político y a la lucha de carácter popular que ha caracterizado el sector. Por ejemplo en Guachupita convergen diferentes programas de educación popular. Uno llevado a cabo por la Parroquia, otro llevado a cabo por el Comité para la Defensa de los Derechos Barriales (COPADEBA) y los programas de clubes. La comunidad eclesial de base aquí hace un trabajo conjunto con COPADEBA, de modo que los dirigentes muchas veces son de ambas organizaciones. La pedagogía aquí tiene un horizonte diferente. De hecho el liderazgo aquí es diferente al tradicional. El nivel de conciencia de muchos pobladores se sitúa a nivel de conciencia crítica. El trabajo organizativo se fundamenta en la acción de equipo y en la visión de su dirigencia, lo político, lo social y lo religioso forman una unidad hacia la constitución de sujetos. El nivel de conciencia logrado a través de lo educativo y organizativo se torna entre la conciencia en transición y la conciencia crítica. Este es el único caso donde se hace la relación más amplia entre política de desarrollo, economía, política y estructuración de espacios territoriales. Además existe en este sector estructuras organizativas que llevan a los pobladores a plantear la superación de situaciones de pobreza y de violación de derechos humanos a través de la lucha iniciada en pequeños espacios territoriales. Se gesta aquí la organización más fuerte por el poder local, siendo la organización popular barrial actor clave de la sociedad civil.

A pesar de los logros de este sector mediante la unidad del actor organización popular barrial/comunidad eclesial de base y el sacerdote en particular, existen dificultades para que la comunidad organizada se constituya en verdadero actor de la sociedad civil. Prima todavía en la identidad religiosa un peso sobre lo político, siendo el sacerdote la figura principal de mediación social. La visión carismática sobre el sacerdote lleva a la población a situarlo por encima de los grupos a pesar del esfuerzo que éste, el sacerdote, hace por articular un trabajo en proceso de conformación comunitaria en la que los grupos barriales alcancen libertad de acción. A esto se agrega, el esfuerzo de varios sectores de la sociedad política por mantener el liderazgo religioso del sacerdote por encima de las colectividades. De ahí que en estos procesos se ha vivido la contradicción de ver por un lado el esfuerzo de los sacerdotes por ser miembros de una comunidad cristiana en un rol de orientadores y articuladores de procesos por formar un liderazgo comunitario y la realidad de la comunidad y ciertos sectores de verlo con un carisma especial por encima de los grupos organizados.

Por otro lado, es importante que en este sector la identidad religiosa ha dado lugar a prácticas ecuménicas y a redes de solidaridad interparroquiales. Evangélicos y católicos se han encontrado en el terreno de la acción sin interferencia alguna aunque la dirección del movimiento poblacional de desalojados ha recaído fundamentalmente sobre las parroquias y sacerdotes católicos. Esto ha dado lugar a un poder compartido de acción local por la defensa de la vivienda y el territorio.

En cuanto a las redes de solidaridad interparroquial, que se han dado de manera puntual se destacan algunas prácticas significativas: Ayuda económica, respaldo moral, acompañamiento en movilizaciones, encuentros masivos de solidaridad, etc. En definitiva, la identidad religiosa ha sido el arma principal de los derechos barriales en todo el proceso de desalojos y el modo más fecundo de constitución de sujetos políticos en todo el campo de la lucha por los derechos territoriales urbanos, aunque, todavía el sujeto político barrial guarda mucha dependencia de la figura del sacerdote.

7. "Los nuevos redentores"

Acuñamos la expresión para referirnos a los redentores sociales de los pobladores que se anuncian para superar las crisis sociales como son desde la perspectiva de identidad: 1) La comunidad organizada. 2) La educación. 3) La inmigración a los Estados Unidos y la droga.

Algunos de estos redentores lo plantean como encanto y otros como agentes creadores de sufrimiento.

El primer redentor siempre lo plantean en oposición a las organizaciones políticas, partidarias, lo que aparenta una contradicción. Dan a entender los desalojados que existen dos posibilidades de redención política, la local-territorial y la local-territorial-nacional. Se trata de dos perspectivas diferentes: la que solucionaría los problemas propios al lindero territorial y que depende de la exclusiva responsabilidad de los pobladores, y la perspectiva que cree en la comunidad como un punto de partida para el cambio a partir de la participación de la población y referente para un movimiento sociopolítico de dimensión nacional.

No deja de haber aquí nudos de contradicción; muchos desalojados, a pesar del enorme excepticismo político partidarista, son simpatizantes o miembros de esas organizaciones. En el grupo desalojado de Maquiteria, los sin reasentar, la simpatía mayor era por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD) y el Partido de la Liberación Dominicana (PLD), conservando el partido oficial, el Reformista Social Cristiano (PRSC) alguna simpatía. Situación que se repite en Guachupita, pero favoreciendo básicamente al PRD alcanzando la menor simpatía el PRSC. En tanto que, en el sector Los "Coquitos" de Los Mameyes, los realojados, la simpatía mayor es por el PRSC, siguiéndole el PRD, ocupando el PLD el último lugar. En Sabana Perdida el partido oficial guarda también mayor simpatía seguido por el PRD y el PLD. Estas tendencias pueden significar dos cosas: 1) Que la población conserva sus preferencias partidarias ajenas a los procesos del desalojo, o que los desalojos contribuyen a favorecer el actor principal, el gobierno dirigido por el

Partido Reformista. 2) Podría haber una razón de carácter histórico que tenga que ver con estas preferencias, por ejemplo, el sector Gua-chupita ha sido escenario de grandes luchas mediante enfrentamientos entre pobladores y fuerzas policiales, sobre todo durante el periodo de gobierno de 1966-1978 en que gobernó el Partido actual del gobierno, PRSC. Esta lucha fue encabezada por el Partido Revolucionario Dominicano (PRD). El sector Maquiteria, de donde provienen los desalojados que actualmente viven en "Los Coquitos", Los Mameyes, tiene una población de presencia militar cuantitativamente significativa. En el caso de los desalojados de Sabana Perdida, muchos de ellos habían sido desalojados y ubicados en lugares de refugio en el 1979 por el gobierno del Partido Revolucionario Dominicano, a propósito del Ciclón David. Le correspondió al gobierno de Balaguer desalojarlos en dos ocasiones posteriores del lugar de refugio a la zona periférica de Sabana Perdida en territorio rural, que poco a poco se iba urbanizando, y de este lugar, fueron trasladados al Proyecto Lotes y Servicios de la misma zona de Sabana Perdida.

El segundo redentor es la educación. Todos los padres entrevistados ven en la educación la vía de ascendencia social. Carreras profesionales tradicionales como medicina, derecho, ingeniería, constituyen el horizonte de esta población. La realidad sin embargo, parece atentar contra ello. De las familias entrevistadas sólo una persona aseguraba que tenía hijos profesionales o estudiando en la universidad y una decía que estaba esperando irse a Estados Unidos para que sus hijos pudieran seguir estudiando. La mayor parte expresaba el pesar de no poder educar a sus hijos como quisieran. En los jóvenes entrevistados este redentor es parte de su ilusión.

El tercer redentor son los viajes a Estados Unidos: *"La mayoría de la gente no tiene esperanza... El problema es irse en barco o en yola, de vender droga y todo eso... Tiene también la esperanza del vicio y del palé o de querer dar un "palo" en la lotería. Los jóvenes, en su mayoría queremos irnos a New York".*

Al señalar estos redentores, se aprecia, en términos generacionales diferencias sustanciales. La problemática social es enfocada por los jóvenes desde lo político; plantean respuestas alternativas desde lo político y desde formas alternativas de ejercicio del poder. Esta constatación sólo fue posible hacerse en Guachupita y en Maquitería. Los adultos tienen gran escepticismo en lo político-partidarista; su horizonte principal es lo educativo, aunque a veces es político, pero desde una perspectiva más individual.

Coinciden ambas generaciones en recoger críticamente una característica de la sociedad dominicana: la proliferación del consumo de drogas, y con pesar, pues las barriadas sufren el embate de este consumo y sus efectos. La crítica y el desencanto de vivir una situación no querida recoge, además, la expectativa del azar y la aventura que deparan las situaciones de crisis social del país: el viaje en yola y el fenómeno de la emigración a los Estados Unidos. Los informes periodísticos y los informes de las autoridades de emigración dan cuenta de un síndrome de desesperanza social: se estima en 100,000 personas las emigrantes ilegales durante los últimos cuatro años.

El efecto de los desalojos sobre estos redentores ha sido negativo: los proyectos carecen de escuelas, obligando a las familias a aumentar los gastos en transporte. Otros han quitado a los niños de la escuela.

El fenómeno más interesante de esto es que el concepto de trabajo como solución o enfrentamiento a las crisis (al menos individual) aparece sólo en una parte reducida de los desalojados y la mediación sería la educación. El trabajo informal, que es la actividad que posibilita la existencia, no aparece en estas expectativas.

8. A manera de conclusión

Al ver el mundo significativo de los pobladores, el "ser y somos" como sagrado de los seres humanos, o la identidad vista en el

proceso de reordenamiento territorial a través de los desalojos, recuperamos tres grandes aspectos de los tantos significativos que caracterizan este proceso.

El primer aspecto que concita la atención es la aparente contradicción entre las políticas de reordenamiento espacial del Estado, orientadas a "modernizar" el territorio, y la cultura de la sobrevivencia de los sectores populares urbanos.

Estas políticas se sustentan en el binomio institucionalidad estatal e intereses partidaristas y personales, para dar lugar a una arquitectura, ordenamiento territorial y relación social que a la larga representarían "valores de identidad nacional" (al menos geográfica).

Se trata, como parece ser, de políticas que toman la artificialidad de los procesos de reordenamiento para alcanzar un "tipo de identidad" con el criterio de validez, tecnoinstrumental, generadoras de una "ciudad moderna". Estas políticas implican de esta manera una nueva mediación socioespacial ajena a la historia de construcción de identidades de los pobladores. De no ser así, sería difícil explicar las nuevas modalidades de viviendas creadoras de barreras comunicativas, que, a la vez de desarticular condiciones laborales sobre las cuales se tejen estructuras de vínculos para la sobrevivencia, se rompen canales de afectividad y expresión lúdica y se desconocen las simbologías de trascendencia de los sectores populares urbanos. Además de influir las modalidades de las viviendas, en estas rupturas interviene también el mismo proceso de planificación, en el cual se imposibilita la presentación de los sectores populares de sus proyectos de desarrollo comunitario a partir de la autopercepción del entorno y de la autogestión. Por igual, tiene que ver en estas políticas la violencia física e institucional, con efectos significativos en el debilitamiento de las identidades.

En ese contexto, la política de reordenamiento y la "modernización" misma del espacio urbano, más que fortalecer la identidad nacional sobre la base del fortalecimiento de identidades locales con las simbologías y prácticas de identidad colectivas, generan una

crisis de identidad nacional, en tanto ésta es la expresión de los grupos en sus diversidades, diferencias y singularidades propias.

Un segundo aspecto, a nuestro juicio importante, ha sido descubrir cómo la identidad es afectada de modo diferente en los sectores estudiados, y esto tendrá que ver con los agentes de intervención histórica. Se percibe, por un lado, reafirmación de identidades, pero también resquebrajamiento significativos. Eso explica que hablemos de olas de encanto y desencanto, de innovaciones en las prácticas de vida, (sobre todo para expresar la solidaridad colectiva) y de identidad difusa.

Según el efecto que los desalojos tienen en la conciencia de los diferentes sectores, parece ocurrir lo siguiente: a) donde el reordenamiento espacial daba mayor o menor seguridad de vida, se manifestaban niveles más o menos aproximados a la conciencia crítica. Esta seguridad la daba básicamente la vivienda, el trabajo y la posibilidad de preservar a los pobladores en los nuevos asentamientos; b) el mayor nivel de conciencia se aprecia en los sectores con más tradición de lucha y nivel organizativo. He ahí donde la conciencia crítica aflora más.

A partir de esas dos apreciaciones, percibimos niveles de conciencia ingenua en los sectores donde la lucha ha sido débil. La conciencia en transición y la conciencia crítica son más comunes allí donde la lucha por la vivienda y contra la relación social de violencia que implican los desalojos, unido a la historia de los conflictos suscitados en el territorio y los procesos educativos de carácter político, han hecho mayor presencia.

Finalmente, consideramos un tercer aspecto en relación a los factores organizativo-barriales de la identidad. Estamos en presencia de *nuevos mediadores sociales*. Si por un lado el Estado parece alcanzar mayor grado de verticalidad y autoritarismo suplantando en cierto modo los canales institucionales por la tecnocracia ingenieril ("ingenierocracia"), a nivel popular la organización barrial, la comunidad eclesial de base, la persona del sacerdote y las mujeres

en tanto representación de género, han sido los actores principales a nivel de representatividad barrial.

Aunque muchos de los pobladores siguen apegados a organizaciones políticas tradicionales, las mismas no cuentan para nada en la conciencia de los pobladores frente a sus reivindicaciones de carácter local. El seguimiento a estas organizaciones tradicionales, sin embargo, constituyen una contradicción y, en cierta medida, un obstáculo a la formación de actores de la sociedad civil, pues los logros alcanzados por los sectores barriales han sido fruto del esfuerzo de los nuevos mediadores. Sin embargo, se superpone en un horizonte de globalidad la esperanza en las organizaciones tradicionales, lo que dificulta el movimiento poblacional como expresión de la sociedad civil en la conquista de derechos municipales.

Las reafirmaciones de identidad se destacan con un alto sentido de solidaridad vía lo religioso, las tradiciones, el interés por la vivienda, el trabajo, lo vecinal, etc. Pero se percibe la ausencia de un sentido amplio de lo local (municipal) y de su relación con lo nacional.

BIBLIOGRAFIA

- Báez, Frank (1978). *Azúcar y dependencia en República Dominicana*. Editora UASD.
- Cartier, Michel (1993). *Impacto de la nueva tecnología de información sobre la lengua y la cultura*. (Enero-Febrero).
- Cassá, Roberto (1985). *Historia social y económica de la República Dominicana*. Tomo IV. Alfa y Omega.
- CEIDEL (1992). *Identidad y nación*. Serie Cuestión Etnico Nacional. México.
- Cordero, Allen (1991). *La cultura de la sobrevivencia*. Cuadernos de Ciencias Sociales (No. 43). FLACSO.
- García, Brígida; Mejía Manuel (1987). *Análisis sociocultural del sector triciclero de la superpoblación relativa*. UASD.

- Lozano, Wilfredo (1984). *Fuerza de trabajo y empleo en la República Dominicana, 1950-1970*. Fundación Friedrich Ebert.
- Lugo, E. (1991). *Tecnología, ética y salud*. Seminario "la tecnología, el descubrimiento y la conquista". 23, 24 y 26 de noviembre. Intec. Santo Domingo.
- Llovera, J. R. (1979). *Antropología política*. Ed. Anagrama. Barcelona.
- Morel, E.; Villamán, M. (1990). *Remodelación Urbana, desmovilización popular y respuestas de las organizaciones populares*. Santo Domingo: Ciudad Alternativa.
- Pelli, Víctor (1984). "Resolución integradora y participativa de las villas marginales". Colección Sumarios, 7 (82/83), pp. 2-17.
- Santuk, Vicente (1992). *La nueva sociedad mundial: antecedentes, naturaleza, consecuencias, perspectivas*. Estudios Sociales XXVI (No.91).
- Zaglul, Jesús (1992). *Para seguir relejendo, haciendo y recontando la identidad cultural y nacional dominicana: pistas e interrogantes*. Estudios Sociales XXV (No. 89/90).